

La Columna del Director

En su casi desconocido y hoy rarísimo libro *La Corte Divina o Palacio Celestial*, el tonsurado y célebre confesor del rey francés Luis XIII, distinguido miembro de la *Compañía de Jesús*, Nicolás Causino, anotó con agudo ingenio que la parábola del Ara, fabricada por Hércules Tebano y “erigida en purpúrea mafa, y derramada copia de sangre y lodo”, es del todo aplicable “al hombre impuro, y cruel, cuya fábrica, y contextura fon con ciega desftemplanza estragos, crueldades y muertes”; y sin duda tan cómoda aplicación que hace Causino al *hombre impuro* aviénese también al *acontecimiento impuro*, porque lo son del mismo modo hombre y acto si hechos están de *lodo amazado con sangre*.

Sí. Ciertamente. Con lodo y sangre resisten las élites bárbaras la secular lucha del pueblo por la justicia, la libertad y el bienestar general. Nunca el universitario mexicano ajeno ha sido a las cruzadas nobles, según consta en las páginas de la historia. Fue así en la insurgencia de Hidalgo y Morelos o durante la gran Reforma de Benito Juárez, y en las batallas patrióticas contra los enemigos extranjeros, o en la revolución de 1910, y sucedió igual en el Ara de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, en cuyo altar sacrificados fueron muchos corazones. El lodo fue de los verdugos y la sangre de las víctimas; y desde entonces flota sobre el simbólico lugar una bandera de dignidad, generosidad y esperanza que nunca más arriada será.◇

Horacio Labastida